



(^o Nuevo Mundo..

Madrid, 20 octubre
1922)

UN COMENTARIO DE UNAMUNO

PRISCILIANO EN AVILA

NINGUNA ciudad estaba mejor hecha que Avila para oír la predicación de Prisciliano. Edificada entre cielo y tierra, sobre la más alta terraza de Castilla la Vieja, en un desierto de piedras ardiente ó arrecido, Avila estaba como prometida al ascetismo y al misticismo; debía dar á la España católica Juan de Avila y Santa Teresa. Prisciliano predicó á la Iglesia abulense entera la austera moral que había enseñado antes á conventiculos de religiosos. Exhortó á todo un pueblo á detestar el mundo, á renunciar á las obras del siglo, á vivir en la conversación celeste.»

Así dice, al empezar el capítulo IV de su obra, ya fundamental, sobre *Prisciliano y el priscilianismo*, Mr. E.-Ch. Babut. Obra escrita en vista de los once tratados de Prisciliano descubiertos en Würzburg y en 1885 por Schepss. Tratados que como no los conocía Menéndez y Pelayo cuando escribió su *Historia de los heterodoxos españoles*, hubo de atenerse para el priscilianismo á los informes de aquel Itacio, obispo de Ossonoba—hoy Faro, en Portugal—, dechado del obispo beocio que acumula en el adversario todas las herejías, aun las contradictorias entre sí. Itacio arremetió á fines del siglo IV á los priscilianistas como posteriores obispos de su laya, integristas y casi hidrófobos, han arremetido á los liberales. Para Itacio, el priscilianismo era el conjunto de todas las herejías y le colgó cuantas halló en el libro que escribió Ireneo para refutarlas. Claro que Prisciliano se defendió de ello.

Y ¿qué era en rigor lo de Prisciliano, el primer místico cristiano español en orden de tiempo? Era la inquietud espiritual, era tomar el cristianismo en serio y hasta en trágico; era pelear contra la religión perezosa y demasiado tranquila; era el hambre del Dios vivo. Su cristianismo, monacal, era de abstinencia. «Para nosotros, vivir es Cristo, la vida es Cristo, la fe es Cristo»—decía. Quería hacer del hombre un templo del Dios Cristo. Y esto en Avila, donde doce siglos antes de Santa Teresa hizo basar el misticismo en el ~~escetismo~~ ^{ascetismo} y éste en aquél.

El obispo de Avila de fines del siglo IV oponía las obras del siglo—*saeculi opera*—á las palabras de Dios—*dei verba*—. Y allí, en aquella ciudad «edificada entre cielo y tierra» y cuando aún no se había levantado ninguno de esos templos maravillosos que suben hoy del suelo de Avila á su cielo y á los que acarician el sol y la helada. Y esos templos de piedra granítica, ¿son obras del siglo ó palabras de Dios? La palabra de Dios, ¿no se hace piedra? O mejor, la piedra, ¿no se hace palabra de Dios?

Si el Salmista dice que los cielos narran la gloria del Señor, las rocas, los berruecos de Avila, entrañas de la tierra, nos hablan de su amor terrible, del amor terrible de Dios á sus criaturas. Las entrañas rocosas de la tierra de Avila han sufrido, como el corazón de Teresa de Jesús, el «dolor sabroso» de la transverberación; transverberación del rechinadero del sol, de la helada, del rayo

alguna vez. También la tierra de Avila muere porque no muere. Y esto desde los tiempos de Prisciliano, su obispo, hace ya más de quince siglos, y aun desde antes.

Y fué este misterioso Prisciliano, á quien no se le había vuelto á oír hasta que en 1885 fueron descubiertos sus once Tratados; fué este Prisciliano, que quiso hacer del monaquismo escuela de sacerdocio; fué este Prisciliano, el primero que españolizó—ó iberizó, mejor—el cristianismo occidental; fué él quien, decapitado en Tréveris—cosa más de política eclesiástica que de religión—, fué traído luego á España. Y aquí se le veneró como á un mártir, como á un apóstol. Y no son ya pocos los que creen que el Apóstol cuyos huesos, bajo el nombre de Santiago, se conservan en Compostela, no es otro que Prisciliano. Así lo dejaba entender, con su fina sutileza, monseñor Duchesne, el historiador de la Iglesia antigua.

Y en estos días en que se celebran fiestas á Santa Teresa en vez de estudiar los orígenes de su espíritu y, sobre todo, la españolidad—ó iberidad—de su cristianismo místicoascético y en que se le encasqueta un gorro—¡y metálico!—de doctora, apenas hay quien se acuerde del obispo que tuvo Avila á fines del siglo IV y estudie si por una corriente subhistórica, acaso telúrica, sotérra, no se transmitió algo de Prisciliano á Teresa de Jesús. Por íntima sacudida perenne de las rocas de Avila, acaso.

Y ¿no hay hoy alguna corriente anímica, algo como una sacudida nerviosa de la tierra ibérica, de sus entrañas de roca, que vaya de Santiago de Compostela á Alba de Tormes, haciendo palpitar el corazón soterraño de Avila? De la Basílica compostelana á la Basílica teresiana de Alba, obras del siglo las dos, ¿no van palabras de Dios?

¡Ah! ¡Es que tampoco ha muerto Itacio! Itacio, el que en oyendo de priscilianistas, cerraba los ojos y, pluma en ristre, embestia á golpes de citas tomadas del libro que tuviese más á mano; Itacio—una especie de precursor de D. Félix Sardá y Salvany—, que acusaba á los priscilianistas de binionitas y patripasianos y novacianos y nicolaítas y maniqueos y ofitas y arrianos y homonionitas y catafrigos y borboritas é idólatras y magos—¡horror, horror, horror!—, y de rendir culto á Saclas, Nebroel, Samaol, Belcebú, Nasbodeo, Belial, Armaziel, Mariamo, Joel, Bálamo, Barbilón, etc., etc., etc. Hoy los acusarían de liberales y anarquistas y sindicalistas y socialistas y demócratas y radicales y constitucionales y reformistas y krausistas y positivistas y espiritistas y protestantes y, sobre todo, de intelectuales. Itacio es incommovible é incambiable.

Y en tanto Avila, entre cielo y tierra, dice con sus peñascos no labrados palabras de Dios.